

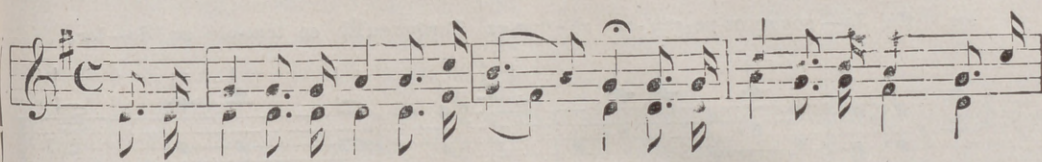
# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 24 DE SEPTIEMBRE DE 1933

NÚMERO 39

En Jesús mi esperanza reposa



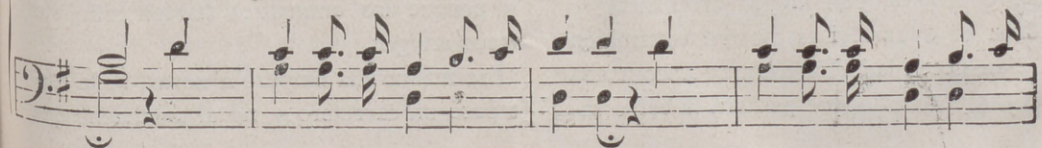
1. En Je—sús mi es-pe-ran-za re — po — sa, Mi con—sue-lo es tan só — lo Je —



sús, Y mi vi - da por él es glo - rio - sa, Cual glo-rio-sa es su muer-te de



cruz. 2. Al—ma tris-te, que al cie-lo se e — lo - va, Y pal — pi - ta en sus — pi — ros de a —



mor, En Je-sús su es-pe-ran-za re-nue-va Porque en Él se tem-pló su do-

lor, En Je-sús su es-pe-ran-za re-nue-va Porque en Él se tem-pló su do-lor.

3. Yo sufrí mil pesares del mundo,  
Yo las dichas del alma perdí;  
Era acíbar mi llanto profundo,  
Era inmenso el dolor que sentí.

4. Pero luego en Jesús la mirada  
Con amor entrañable fijé;  
Y mi alma quedó consolada,  
Porque en Él mis venturas hallé.

## La madrina de Nico

### (Conclusión)

Aquel mismo día Nico se puso en camino, pues el consejo del limpia-chimeneas era para él una esperanza que le dió nuevo ánimo. Andaba durante el día y estaba contento si por la noche podía meterse en un pajar, o si algún aldeano amable le permitía dormir en la cuadra al lado de sus bestias. De vez en cuando, personas compasivas le daban de comer, con mayor frecuencia se quedaba en ayunas. Las marmotas también padecían necesidad. Ya nada se encontraba en el campo con lo que pudiera haberse sa-

ciado su hambre. Se negaban algunas veces también a tomar el alimento que Nico se reservaba para ellas, porque había llegado el tiempo del sueño invernal, en el que estos animales no necesitaban más que reposo. Una mañana, una de las marmotas, amaneció muerta en el nido de heno que Nico le había preparado cuidadosamente la tarde anterior, y al poco tiempo también murió la otra. El muchacho casi se desesperó, porque los animalitos habían sido sus únicos amigos.

Ese mismo día empezó a nevar, A la tarde pasó un carretero y vió al muchacho que

estaba sentado al borde del camino, sentado en la nieve.

—Levántate—dijo—esta noche hará mucho frío y fácilmente no volverías a despertar por la mañana.

—¡Es que ya no puedo más!—sollozó el muchacho—estoy tan cansando que tengo ganas de morirme.

—¿Adónde quieres ir?

—A Luneville, a la corte del duque.

—Pues monta—dijo el labrador—Yo también voy a hacer noche allí.

Subió al muchacho con sus propios brazos, y le cubrió con una manta, porque vió que el pequeño estaba aterido de frío. Más tarde le dió un pedazo de pan y un trago de su botella. Ya muy entrada la noche llegaron a Luneville.

—No puedo llevarte conmigo—dijo el carretero—pero ve allá enfrente.

Señaló con el brazo un caserío cerca de los muros de la ciudad.

—Esas son las cuadras del duque. Donde se albergan tantos caballos, también habrá un lugar para ti.

Nico, que se había queda dormido en el carro, se levantó soñoliento, y marchó en la dirección señalada. Ya había cesado de nevar. La luna asomaba entre las nubes, e iluminaba el lugar con su luz plateada. Reinaba un profundo silencio.

Nico fué de cuadra en cuadra, pero estaban cerradas. Ya se disponía a volver, cuando por fin llegó a una puerta, que sólo estaba entornada. En el lugar al que conducía estaba encerrada la osa que un primo ruso había regalado al duque Stanislaw, antiguo rey de Polonia. Hacía pocos días que la habían quitado su cachorro. Por esto estaba inquieta, y con sus gruñidos había molestado el sueño del criado a cuyo cuidado estaba encomendada, y que solía pasar la noche en su cobertizo, situado en el último extremo de la cuadra. Por esto, el criado aquella misma noche se había mudado al

edificio vecino, donde dormía un compañero suyo, y por descuido había dejado abierta la puerta. Nico entró y miró en su alrededor.

En un rincón apartado de la estancia ardía un farol con luz moecina.

Un gran desengaño se apoderó del muchacho. No había paja ni heno, ni hojas secas, en las que hubiera podido preparar un lecho. De repente observa una suave cama de musgo, detrás de una verja de hierro. Muy contento se deslizó entre las barras de hierro con su cuerpo endeble, cuando repentinamente se levantó al fondo una figura enorme. Avanzó hacia Nico, abrazó al pequeño, rígido de susto, y le atrajo a sí. Pero la osa no hizo daño alguno a Nico. Sus sentimientos maternales, que tan rudo golpe habían recibido hace poco, se habían despertado nuevamente. Se acostó y acomodó al muchacho junto a su pecho blando y caliente, como antes lo había hecho con sus oseznos. El muchacho notó como el calor de la gruesa piel le reconfortaba agradablemente. Pronto advirtió también que nada malo le sucedía. Como nunca antes había visto a un oso, creía que su protectora fuera una perra grande. Allá en Savoya, en la montaña de San Bernardo, también había perrazas enormes, que, sin embargo, eran buenas y dóciles y ayudaban a los monjes a buscar los pobres viajeros extraviados en la nieve. Nico ya no sintió miedo alguno. Dobló sus manos y encomendó su alma a Dios, como su madre le había enseñado. Después se arrimó a la suave piel de la osa, que gruñía satisfecha, y pronto quedó sumido en un sueño sano y profundo, del que ya muchas noches había carecido.

Cuando a la mañana siguiente despertó con nuevas fuerzas, vió que seguía entre las manazas de su protectora. Sentía hambre, y a un lado vió unas manzanas y pedazos de pan untados de miel; porque la osa, que era el animal favorito de la joven

duquesa, estaba muy bien cuidada y no carecía de nada. Tranquilamente toleró que el muchacho cogiera de sus provisiones y volviera después a su lado. En seguida entró el mozo de cuadra para llevarle el desayuno a la osa. Vió al muchacho arrimado a la osa, y comiendo tranquilamente una manzana. Retrocedió asustado, y salió corriendo de la cuadra en busca de auxilio. En este momento tropezó con la duquesa, que, como solía hacer a menudo, había venido con una dama de la corte, para hacer una visita a la osa. Al entrar en la cuadra, padeció de susto.

—Sal en seguida—dijo al muchacho con voz temblorosa—¿no sabes que estás en los brazos de la muerte?

Nico sonrió. Pero cuando la duquesa le hizo señas imperiosas con el brazo, se levantó obediente y se deslizó entre los barrotes de la jaula, sin que la osa le estorbase.

—Perrito bueno; no hacer nada—dijo

en el francés chaporreado de los savoyardos, mirando confiado con sus grandes ojos listos a la noble dama. La duquesa miró al muchacho en su traje andrajoso y advirtió al animal, que, gruñendo descontento, se apretaba contra las barras de la jaula, como intimidando a su protegido que volviera, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Comprendió que Dios había tomado bajo su protección especial a este muchacho abandonado, y que la osa, más compasiva que los hombres, se había apiadado de él.

Y la princesa inclinó su amable rostro, que florecía como una rosa bajo su alta peluca rizada y empolvada, llena de compasión y vergüenza. Inmediatamente se dirigió a su compañera, diciéndole:

—Cuide, Madame, que vistan a este muchacho, y que le den buen albergue. Yo me encargaré de su educación. Si no me engaño completamente, este muchacho llegará a ser un hombre de provecho.

## EL QUE ELIGIO MEJOR

En el día de Año Nuevo, en París, cuatro obreros se dirigen a su patrón para pedirle sus regalos ese día.

—He aquí vuestros regalos—dijo—Una Biblia o veinte francos.

—Yo creo que tomaré los veinte francos, pues no sé leer—dijo el primero.

Yo sé leer, pero me encuentro en necesidad, de manera que tomaré los veinte francos—dijo un segundo.

Un tercero dijo otro tanto.

El patrón entonces se dirigió al cuarto, un muchacho vivo e inteligente, de más o menos trece a catorce años de edad.

—¿Qué elegirá usted, joven?—preguntó el patrón.

—Yo creo que tomaré la Biblia, puesto que usted dice que es un buen libro, y lo leeré a mi madre—contestó el joven.

El patrón le dió el libro. El muchacho lo tomó, lo abrió, y encontró entre las hojas un billete de 50 francos.

Los hombres bajaron la cabeza, y el patrón les dijo que sentía mucho que no hubiesen sabido elegir.

(*El Joven Soldado*. Buenos Aires.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.